



Vestimenta de cocheros, 1890

El Güero

Luis Felipe Lomelí

PUEDE OLERLO. SABE QUE ESTÁ AHÍ porque puede olerlo y su aroma llena la noche, la ahoga. El Güero no podría decir a qué huele su padre pero sabe que es el olor de su padre. El único. Y siente como si le dieran con un tubo de media en la base de la nuca y, con alambre recocado, le fueran apretando los brazos cada vez más fuerte haciéndole saltar las venas, hundiéndolos en la piel tatemada por dos semanas de jale en la obra. Cierra los puños sin darse cuenta. Respira. Golpea su inicio de futuro en la bolsa del pantalón. Hace un rato que se le fue la sonrisa y el globo aerostático: justo cuando se le embadurnó el olor de su padre en las narices al doblar la cuadra para subir a la casa. El muy cabrón ha de haber estacionado su ecotaxi en la colonia de al lado para evitar que la racilla le hiciera maldades, en el barrio fresa de Alta Vista, piensa: por eso no lo vi. Y respira.

La televisión centellea en la barda de la sala como el reflejo de una lumbre. Pero no se oye nada. El Güero no oye nada. Tal vez su hermana esté viéndola. En silencio. Sin querer hacer ruido. O queriendo escuchar los ruidos de su padre en la recámara. El Güero duda. No se anima a avanzar y asomarse entre la cortina de flores para ver si sí es su hermana la que está mirando la tele. Cierra más los puños. Debería de entrar. Está parado a la mitad de la calle y ése no es lugar seguro: los Calcos ya están piteando cerro arriba. Debería de entrar y decirle a su padre que se regrese por donde vino. Debería de entrar y decirle que esa casa ya tiene un hombre. El Güero toca su bolso derecho. Debería de entrar y decirle que ahí no es bienvenido. El Güero hace cuentas. Debería de entrar y decirle a su madre “usté cálese, con usted no estoy hablando”, porque su madre se metería entre ambos. Decirle: Aquí ya hay un hombre. Y quedarse recio. Recibir el primero y quedarse recio. El Güero hace cuentas. Da un paso hacia la acera. El resplandor de la televisión reclama su incendio en el muro. Arden las flores de la cortina amarilla. El olor de su padre es un desparramadero de Diesel, de aceite carburado. El Güero da otro paso y el olor de su padre le taponea la trompa, le quema los ojos. Lo ciega. El olor de su padre arde en los muros de su casa, levanta llamaradas, prende la acera y la calle, rojo se pone el alambre recocado, el Güero se atraganta, raspa sus uñas sobre la trinchera de volcanes que bulle en cada mano. Y se atraganta, chingado.

Chingada madre. 